DESTIEMPO

Secretario: ERNESTO PISSAVINI - Av. Quintana 174

Año I | Buenos Aires, Diciembre de 1937 | N. 3

Otra fantasía sobre la máquina

La herramienta traza el primer círculo en el destino del hombre, a quien pone, con respecto al uso y la utilidad, en correspondencia mecánica con el mundo. Cesan sus relaciones vitales y se inician otras de un orden telúrico.

Una parte independiente permanece en la herramienta, que no es el mundo ni el hombre, sino ese grado de interdependencia que entre ambos se establece con carácter más o menos fatídico por ella. Reside en la herramienta una forma concentrada que desarrolla sus formas y toma los aspectos posibles entre la voluntad que la maneja y el medio resistente a que se aplica. De manera que existe un círculo infranqueable, más acá del cual deja de ser instrumento y se convierte en objeto; más allá es imperativa, porque tiene acumuladas la voluntad del dueño y lo que Schopenhauer pudo llamar la voluntad de ser de la tierra.

En tanto cumple una función verdadera y única, la herramienta es acción, vale para la acción, sin la cual no sería posible. Mediante su uso adecuado se opera una modificación en el orden de las cosas inánimes con respecto a la voluntad. El hombre es dueño de la máquina nada más que en el instante en que la aprovecha, después pasa a ser dominio del mundo.

Por el extremo de ella que se aplica a la obra, vence al material que resiste a la voluntad; por el que se adapta intencionalmente a la mano vence al hombre. Una parte se adapta al uso, otra a los fines supremos. En el insecto, que es ante todo una herramienta viviente para taladrar, cortar, pegar, conducir, el fin y el uso son una misma cosa. Separada del cuerpo, se independiza del usufructuario.

Cada golpe, cada señal que la herramienta deja en el suelo o en la labor, repercute por el extremo opuesto en el ser que la empuña e imprime en él su huella, igualmente tangible. Encallece la mano ahí mismo donde la resistencia del mundo es mayor, donde la herramienta está al servicio de la materia que se trata de vencer. El callo es el primer paso de una modificación que se persigue, clara en el casco del solípedo.

Sin formar parte del cuerpo, la herramienta es una parte manifiesta del destino del hombre. Bajo cualquier aspecto, desde la mandíbula al motor, la herramienta por la substancia de que está hecha pertenece a lo que se opone al hombre: no es carne sino marfil, madera, hierro. Lo que se opone diametralmente a la herramienta es el vegetal, con que la tierra va hasta la vida misma del animal, lo modifica, lo adapta a sus modalidades y lo vence trazándole un círculo infranqueable de posibilidades. La máquina evoluciona según planes absolutamente distintos; al final tiene que concluir con la vida o con el mundo. Los habitantes de "Erewhon" habían descubierto ese sentido trágico de la lucha a muerte.

Sobre ese mundo que oculta fuerzas mucho más rudas y poderosas que sólo pueden dominarse con la máquina, el mecánico puede muy poco; están en juego potencias que escapan a su control y que lo obligan a servir fines extraños. Ningún inventor sabe en conciencia qué es lo que está haciendo. Hay que liberar energías ocultas que de otro modo permanecerían latentes para siempre. Con lentitud, las mismas fuerzas de la tierra, infinitas y disimuladas y que sólo despierta, sin dominar, toman posesión de su cuerpo o de su mente, según qué se le oponga. En el balance general, el mundo se ha enriquecido; el hombre no.

Por eso a medida que la Naturaleza es vencida por el empleo de la máquina, el constructor queda vencido. Y una ley de equilibrio todavía no vista con claridad, si se exceptúa "Eureka", de Poe, hace que el instrumento que el hombre emplea para vencer, se vuelva contra sí y lo ponga al servicio de la materia inánime. Con lo que la tierra recobra, después de cerrado el circuito de las transformaciones, aquello que había entregado como cebo en el vegetal y el animal. La vida es un pretexto maravilloso de que se vale. La máquina sí tiene su destino: es lo que las fuerzas ciegas del cosmos querían obtener como forma suprema de un mecanismo sin conciencia. Nosotros somos su magistral invención, para conseguir otros fines.

EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

Centrada vigilia

Sus manos eran largamente ciertas
y se le iban haciendo sin barullo mas acá de las cosas,
como atorra sin escape la sombra
cuando mete bochinche el sol en los veranos
y los días van espesos como bestias de carga.
Y eran holgura en el patio que está de pie,
consiguiendo su medida de sosiego,
su responsable frecuencia de cielo vinculado,
su soltura lisita donde cabe la tarde.
Durando,
sobre la tierra fuerte,
su estructura de viento.
Sus manos ciertas, largamente el centro.
Y sabían de la precisa multitud de una siesta,
y del aire chiquito que madura los muros,
y de las flores que poco a poco los enfrían,
y del silencio que los endurece
tan limpiamente,
sin hacerse calor su paso siempre intacto.
Supo que las piedras eran frutas muertas.
Sordamente prietas sus venas de cuero
casi las materias sonaban idénticas.
Ni temperatura, ni madera, ni agua.
Repitiéndose.
Y se están uniendo, entre las cosas y sus manos ciertas.
Como tercamente da sur una misma ventana.
Como viven despacito las uñas.
Como una casa sola, en poder de las plantas.

ALEJO GONZALEZ GARAÑO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas
www.ahira.com.ar

De una carta de Macedonio Fernández

Gusto mucho de perderme en la investigación del fenómeno estético, de la doctrina, interminable en problemas que casi ni se ha empezado a tratar radicalmente como si el ser interminables los condenara a incomenzables, de lo estético y lo artístico. Los escritores de conflicto de arte apenas puedo leerlos sin caer en el ensimismamiento de esa embriagadora problemática; y las obras del «apacible-producir-libros» son para mí bloques recién comprados; soy el analfabeto que se merecen. Y aún hay celebridades que parecían innovadores, dudadores, que cuando hacen novelas son autores de block. Maurois, *Cercle de famille*, no es un novelón? ¿Qué quedó de la innovación de Proust? Poderosos, finos en la prosa suelta o poema se truecan en folletineros en la novela: falta teoría, doctrina de arte en ellos.

El Arte debe ser tan Consciente que lleguemos a la conciencia de que hay todavía resto de inconciencia artística en nosotros como cuando continuamos clasificando de artista a un Shakespeare (o a los griegos, Euripides, etc.) en *Rey Lear*, en *Otelo*, en dramones para la plebe, hasta el punto que puede decirse de *Otelo*, que no es drama, que es libreto y las ganas de «ópera» en un Shakespeare, que a éste no le contentaba en truculencia su *Otelo* y quería banda de música retumbante, tronante y gimiente, que el Deseo de Shakespeare en *Otelo* era el de algo oscuro y vehemente en él, el deseo de ópera, del alumbramiento de la ópera inventándose en alguna testa humana. No sólo no era artista sino que ansiaba estorbar que Belarte comenzara.

Antes que la conciencia de arte despertara, entre-despertara hace muy poco, lo que se ha hecho es Palabra y Paleta, refinaron sintaxis y régimen, vigilancia del vocabulario, física de los Colores, y física del Sonido que pasa por Música a veces.

La literatura del Dudar del Arte

(Dedicado a Silvina Ocampo)

La estadística del Acto de dudar del Arte en la Argentina es promisora. La duda del arte anuncia a los fuertes; las obras del Arte dudado son hoy las únicas garantías de la esperanza de lo artístico. El apacible producir al Son de una hueca certeza del Arte es cómodo a los espíritus sin incomodidades, a los casi-espíritus (para el Arte; en la Vida pueden ser ricos de Dudas, que es decir ricos luego de Invención; en la vida todos somos vida e invención; no menosprecio sino que excluyo a los que inventivos como todos en el vivir son cómodos en el Arte: Casi-espíritus atañe a esto solamente: Invención y Certeza toda vida posee en proporción de su quantum biótico (o bióxico, o biológico, pero bio-lójico me parece ridículo).

A mí me parece que con *Filografía* de Bernárdez comienza (fausto comienzo que debiera celebrarse en aniversarios frecuentes, pero sin Ministros o discurso del caudillo local) la decidida Duda de Arte: esta Duda es vocacional: debiérase instituirle eficacia clasificante. Fuera de la Música y de la Humanística quizá, todo lo demás cuando es bueno, genuino, es duda de arte. No digamos más las Belartes, digamos las Duda-artes. Como seguiremos 2000 o 3000 años con la Tonelada Estética, como puede llamarse a todo el Pasado literario, que sin duda era despreciable, abyecto de comodidad-pictórico, etc., hasta que comienza en Francia, me parece, la Dudarte literaria, plástica y quizá musical.

(Uso todas las mayúsculas que puedo porque se anuncia una huelga de éstas; pero pido disculpas: se hacen leer).

Yo sé que hago literatura mala, antes y ahora, a veces. Pero en cambio uso muchas comas y mayúsculas; la claridad por la especificación y acentuación redactorial debe facilitar la lectura aunque cultivemos deliberadamente en algún caso la borrosidad del asunto, haciendo simetría con la borrosidad de conciencia pero no del automatismo al cual la borrosidad mental no estorba nada—como al Arte no le importa la Vida, el automatismo no le importa la claridad mental.

La conferenciabilidad y la cacha

Para cuando los argentinos hayan concluído de existirse y meramente existan, es decir cuando hayan concluído de cachar.

Trato de la cachada de gran señor, o sea de la que hace feliz al cachado, en que el gran señor se deleita ampliamente de ver feliz a un fatuo halagando su desorbitada autoestimación.

El caso prototípico ante cuya exquisita gracia reflexiona uno con pena que esta preciosa virtud de la cacha pudiera perderse, sería para mí el de aquel estanciero nuestro que había convencido a un campesino francés de que él no lograba acertar con los movimientos para dar cuerda a la campanilla de despertador, lo que daba tanto placer de superioridad al extranjero aquel que le compensaba la molestia de pasar todas las noches a preparar el despertador del estanciero.

El grado de conferenciabilidad de una nacionalidad estaría en razón inversa de su Virtud, es decir de su virtud de cachar, que es el signo de aristocracia interior e internacional.

En Biología con el Hombre aparece la conferenciabilidad, vale decir la boqui-abriencia audiente. Ninguna especie antes se dejó conferenciar; no se ha observado antes del hombre esta conexión o conectación duradera, resistente, del abrir la boca y el escuchar. Habría que pensar que subsistiendo la cacha bajo el conferenciar, no ocurre un escuchar sino un oir involuntario, pero ¿no tiene peligros este arriesgar la facultad de cacha a su deterioro bajo la embestida del conferenciar? ¿Qué calidad o riqueza psicológica puede encerrar la cachada de un ciudadano conferenciable?

¿Qué se suma en la conferencia? Un dormir atento frente a un hombre que se palpa de existencia escuchándose en público.

En los argentinos la conferenciabilidad es negativa; bajo ella el cacharse continúa, pero el tesón del conferenciar, lo espeso de su vacío puede mellar la vocación de cachar. No arriesguemos tanto a fuerza de conferencistas nuestra virtud de cachar en su resistir conferencias, pues la tontería seria de las conferencias muestra tales ganas de vivir que puede corroer o vencer la seriedad auténtica, la profundidad genuina del cachar.

Se va a París, se va al Colón, se va a la conferencia para sonreir de los que creen que se va a admirarlos. Sin reyes de escenario, sin tenores que trepan escalas de seda, sin terminaciones interminables de óperas de Verdi y sin conferencistas recién desembarcados y todosabientes de nuestro país, la cacha podría extinguirse o enrarecerse por falta de grandes ocasiones payasescas, pero por exceso también corre peligro peor: el de degenerar sin esperanza de renacimiento.

MACEDONIO FERNÁNDEZ.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas
www.ahira.com.ar

La mujer inmóvil

Las dos casas y los dos jardines se daban la mano sobre la barranca, cerca del río. Una era la casa donde yo había nacido, la otra era la casa de mis abuelos. Para cruzar de una casa a la otra, había que atravesar una pequeña quinta abandonada que parecía contener tantos ladrones como árboles, luego un callejón de tierra donde vivían pobres vagabundos entre grandes fogatas de hojas de eucaliptos.

La casa de nuestros abuelos tenía sillas solemnes en el corredor y cofrecitos con bombones en los cuartos. La quinta tenía también una infinidad de atractivos; uno de ellos era un gigantesco ombú con piernas gordas de mujer dormida, como un edificio a medio construir lleno de peligros y de refugios. Otro era un sin fin de escalones que bajaban apresuradamente la barranca, hasta el milagro del invernáculo. Otro era el rincón de los trapecios donde mis tíos hacían representaciones crueles, de pruebistas. Otro, un grupo de higueras con higos nunca maduros, un parral con uvas negras, un gran almohadón de porcelana con borlas, y un montón de otras cosas que no tengo tiempo de enumerar.

Todos los días después de estudiar el piano yo iba corriendo hasta la casa de mis abuelos. Una vez, al pasar a la otra quinta, perdida en el medio del callejón yo buscaba desesperadamente las columnas de entrada de la casa vieja. Un hombre que venía caminando me miró sorprendido y me preguntó «Señorita ¿qué busca Vd.?» «Busco la casa de mis abuelos». «Aquí no viven ni han vivido nunca sus abuelos».

Distraje mi asombro caminando por el largo callejón de tierra donde estaban los vagabundos. Algunos dormían en colchones de hojas. Otros sobre la tierra húmeda, debajo de un techito de latas. Algunos, durante el día, estudiaban minuciosamente las hojas de los árboles, y hablaban solos.

Ya no buscaba más la casa de mis abuelos. De repente tuve miedo y empecé a gritar: «Quiero volver a mi casa. Quiero volver a mi casa». Alcé los ojos y en el cielo parecía que se había volcado un gran tintero de tinta negra, y lejos, en el horizonte, se levantaba un extraño clamor de tambores de lata para ahuyentar langosta. Nubes obscuras con bordes rojos cubrían el cielo. Yo gritaba: «Quiero volver a mi casa», y un gran dolor me apretaba la garganta. En ese grito estaba encerrado el sufrimiento que me protejía. Tenía miedo del momento en que los gritos llegaran a faltarme.

Y de pronto, caída ya en el silencio, me oí decir: «Es demasiado tarde».

No podía moverme. Un frío muy blanco me corrió por la espalda y contemplé largamente el cielo con un pescado entre mis brazos. De la boca del pescado subían y luego caían lluvias de agua, que me bañaban el rostro, el pecho y la cola festoneada de escamas.

—Soy de la familia de las onagrieas, como la fucsia y la onagra»—decía una voz detrás de mí y otra le contestaba: «soy de la familia de las acerínceas». «Soy decandria», dijo otra. Yo no podía darme vuelta y dije en voz alta: —«¿Me acostumbraré a ser sirena de una fuente con la cabellera tan suelta y con tantos pescados deslizándose entre mis piernas? ¿Conservaré bien mi postura de estatua?» Pero, los árboles no me contestaron porque ya estaba en una casa de remates.

SILVINA OCAMPO

Inscripciones

Escribo, acaso para mi propia elucidación, esta noticia de una pantomima casual que me fué dado sorprender hace algunos años, en los fondos del Cementerio. La considero un símbolo de inocente y antigua zafaduría, pero le ocurre lo que a todos los símbolos: el trabajo que le encargan es lo de menos.

En otoño o en invierno debió ocurrir, una noche de luna. Yo caminaba por la calle Vicente Lopez hacia Junín, orillando el paredón de la Recoleta, con su corona de aspavientos de mármol. La esquina de Uriburu, quién no la sabe, es de las tradicionales del Norte: dos altos y hondos conventillos, un almacén decrépito y una hilera retacona de casas bajas, con una pared casi blanca. Aquella noche, esa larga blancura servía para perfilar un negro espectral, ya cuebradizo de alto, que tenía un pobre chamberguito rabón requintado sobre los ojos, y el encanecido y ralo bigote requintado sobre la jeta. Pero también—tercera línea oblicua hacia abajo—orinaba con cierta majestad hacia el vigilante. Este ocupaba su lugar natural en medio de la calle, mientras el otro, desde su pedestal, al cordón, lo señalaba sin reserva y sin prisa. La gestión era copiada por otro negro un iniciado prematuro o acólito, de pocos y malévolos años, pero que a la sombra del padre, parecía el mismo negro magistral divisado de lejos. Menos extraña que ellos, la mucha luna de esa noche los definía o tal vez un farol.

La música (dicen que escribió Hanslick) es un idioma que entendemos y hablamos, pero que somos incapaces de traducir.

•

La blasfemia contra el Espíritu, la blasfemia sin remisión en el venidero mundo y en éste, es la que se agazapa en la queja *la prosa de la vida*, tan suspirada por imbéciles y canallas— gremios que se equivalen al fin. Su corolario es que los estados poéticos no son una frecuente reacción en este negro y opulento universo, sino un pequeño lujo sentimental que se reparte con los cigarros de hoja y con el café, en la glorieta de una quinta de noche, las canalladas necesarias del día una vez evacuadas. Lo cual es la verdad, para los que emiten la queja. Es la blasfemia que reverenciamos en el Quijote, cuya «realidad» se compone de incomodidades, de proverbios, de dolencias de vientre, de analfabetos, de hambre y de golpes, y la «poesía» de otra convención aun más pobre, hecha de frío amor, de rápidas sanciones legales, de golpes y de brujos. La derrota persistente y final de la segunda de esas deplorables ficciones, es considerada, no sé por qué, un importante símbolo de la historia universal de nuestra esperanza.

JORGE LUIS BORGES

1931

Archivo Histórico de Revistas Argentinas
www.ahira.com.ar

Greguerías

La nariz oye los desalientos.

Al dar la mano a la mujer se prueba su colchón.

La tranquera es la puerta rústica del más allá.

La jaula de cañas hace más humano al pájaro.

Detrás del espejo están escondidas las muecas.

Afeitarse de noche es ponerse de frac.

Las campanas que suenan en las horas de sol parece que quieren adelantar su muerte.

Las golondrinas tienen cabeza de pez.

Cuando abrimos la puerta del cuarto oscuro damos un un golpe en las narices a la sombra.

Las ovejas van vestidas de nubes.

Hay un momento en una alta noche entre las noches en que la luna comienza a dejar caer caretas.

Cuando muere un erudito se ven volar enjambres de citas.

Los ángeles tienen dentro bombones cubiertos de papel dorado.

Cuando un reloj nos pareció que estaba parado y estaba andando hay que ir al cardiólogo para que estudie nuestro corazón.

La ostra va en carroza.

Las caracolas son las gaviotas del mar.

Cuando nos comemos cosas envueltas en gelatina parece que comemos pisapapeles.

De la oruga del acordeón sale la seda del baile.

Si se preguntara a los pájaros que arquitectura les gusta más dirían que la churrigueresca.

Comiendo pan negro se echa alma dramática.

Estaban tan tristes en aquel retrato de bodas que hubo alguien que preguntó «si se hicieron el retrato antes de morir o después de haber muerto».

Los crisantemos trepan por las paredes de noche.

Cuando se le caen las gafas a una mujer parece que se le han caído por rubor.

Hemos visto tantos ciervos de bronce que hemos llegado a creer que en algún sitio hay una selva con ciervos de bronce.

Lo más penoso que se puede ser es draga de puerto.

El pájaro canta bajo la lluvia como si la lluvia no significara nada.

La rana es la burguesa de las aguas.

Casa con muchas sábanas tendidas casa de comendadores.

Cuando mirando al cielo se cae una estrella nos sentimos culpables de haberla matado con la mirada.

En el circo nos creemos emigrantes alegres camino de la muerte triste.

Era un día tan repugnante que le olía el aliento al teléfono.

El que con pintura hace uso del cartabón es un dolicocéfalo.

Los que usaban reloj con tapa sobre la esfera llevaban el tiempo en cofre-fort.

Lo peor que le puede tocar a uno es una Doña Entra y Sale, una mujer que esté abriendo y cerrando puertas yendo y volviendo sin cesar del fondo de la casa.

Se acabaron las mil y una noche ¡Requien por ellas! ¡Nadie las cite más!

Es un día optimista cuando oímos la risa del cristal.

El compás sobre los papeles marca las melancólicas cinco y media de la geometría.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

La lenteur

La lenteur par la fenêtre
Pénètre à pas escomptès.
Dans ma chambre tout l'accepte
Et gagne en sérénité.
Mais mon coeur se multiplie
En détestables efforts
Pour la tenir loin de lui.
Coeur, tu connaîtras aussi
L'extrême lenteur des morts,
Leur bouclier invisible
Qui nous épargne les torts
Dans l'éternelle insomnie.

JULES SUPERVIELLE.

El viejo y la vieja

Había una vez un viejo y una vieja. El viejo era casado y la vieja era soltera.

Un día la vieja le había pegado con un fierro al viejo. Y no había hecho la primera comunión y podía decir mentiras, entonces le dijo al viejo que le juraba que no le iba a pegar más.

Y al otro día agarró un fierro muy grande que media 2,50 por 2 cent. y el viejo entonces se escapó y se fué a Europa y la vieja se dió cuenta en donde estaba, pero el viejo no estaba en Europa, si no estaba en una casita muy chiquita que apenas podía respirar porque tenía un agujero muy chiquito y tenía 2 puertas y cuando la vieja entró por 1 puerta el viejo salía por la otra puerta.

Al día siguiente el viejo se murió y se fué al cielo y en el mismo momento la vieja se murió y se fué al infierno.

Pero como era pícara quizo embromar a los diablos—y todos se pusieron alrededor de la vieja y la pinchaban con cuchillos y tenedores y tijeras.

La vieja, que había llevado el fierro que le había pegado al viejo, fué matando uno a uno pero llegó otro más vivo de todos los otros diablos y con un cuchillo muy grande de cortar pan le cortó la cabeza a la vieja y se la comía y resulta que era de algodón y le picó la garganta y largaba tiras y tiras y hacía así aes - aes - aes - aes - aes - quizo matarla otra vez pero no podía por que la caja torácica era de fierro y las manos y los pies eran de trapos pero cubiertos de guante y botas de fierro y entonces la serrucha a pedasitos finitos y tiene que traer unos tachos muy grandes y recoger con palas los pedacitos.

El viejo desde el cielo por una ventana miraba buscar toda su vieja que no podía pegarle más.

MARIA INES JIMENEZ ZAPIOLA

Este cuento inédito, de María Jimenez Zapiola fué escrito en 1934, cuando la autora tenía 6 años de edad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas
www.ahira.com.ar

El misterio de Oscar Wilde

"Corazones Enemigos", por Delly, alcanzó un tiraje tal vez cien veces superior a "Genitrix" de Mauriac ó cualquier otra buena novela contemporánea. Esto se explica por lo mismo que nadie se toma el trabajo de buscar una explicación más allá del previo y razonable convencimiento de que los cien veces superiores (en número) son unos perfectos animales.

Pero el problema de Oscar Wilde es distinto. Por lo pronto existe. Y se duda de la perfección animal alcanzada por muchos de sus partidarios: Se encuentran entre ellos creadores de aciertos considerables en la literatura actual, y un vasto núcleo de personas que no compran los libros de sus bibliotecas por metros de estante o color de encuadernación. Descarto de este artículo admirativo, por intelectualizadas que estén, las tristes víctimas del *pecado nefando* (San Judas, Epist. vers. 7).

Aún así, quedan muchos aplaudiendo a Wilde y vituperando a la vieja Inglaterra porque lo mandó dos años (1895 -97) a la cárcel de Reading. Ni los latigazos en las mansas espaldas hindúes, ni las balas dum-dum abriendo el pecho otgulloso de los "boers", ni la ruta del opio abierta en China, ni el terrible estilo victoriano de edificación, ni la baja literatura de Huxley o Radclyffe Hall, han provocado tanta injuria contra la injusticia, la sordidez y la maldad de Inglaterra como el proceso a Wilde. ¿A Wilde? Más bien, de Wilde a Queensberry.

Supongamos que mi cabeza sea tan dura como la imaginan los detractores de mis poemas. Supongamos aún que, quiero echar abajo una pared de cemento con dicha cabeza. ¿Tendría derecho a enojarme si al iniciar la prueba las apuestas favorecen 99 a 1 a la pared y si al terminar estoy lleno de chichones?

Queensberry le había dejado una tarjeta insolente a Wilde: "to Oscar Wilde, posing as a sodomite" en el Club Albermarle. Como había dicho la verdad, Lord Queensberry era una verdadera pared de cemento para el audaz juicio por "calumnias" que Wilde, *dandy* más insolente aún que el padre del equívoco Lord Douglas le inició. La contrademanda, el fango increíble revuelto en la segunda parte del drama, la condena, constituyen los chichones previsibles, de tremenda inevitabilidad, si se tiene en cuenta la melancólica obsecación del *dandy*. Motivos de piedad no faltan, de indignación tampoco. Pero convengamos en que si hubo moderado un vaso de cicuta, Wilde lo buscó con inaudita imprudencia.

Si Wilde no fué un mártir literario (en realidad, fué el más fantástico de los reincidentes a pesar del "De profundis..." etc.) ¿fué un escritor tan notable que justifique el interés de las personas aludidas en el segundo párrafo de este artículo? Algunas bromas nada profundas, asomos de adolescente perverso, un poema serio, una novela discreta no explican nada.

¿El "humour"? ¡Si es viejo como la vieja Inglaterra! Piénsese en Ben Jonson, Shakespeare, Swift, Thackeray, De Quincey, Dickens... ¡que se yó cuántos más! ¿Cierta elegancia cínica y aforística? Chamfort, La Rochefoucauld le dan ciento y raya. ¿La estética wildiana? ¡Una invención de alucinados!

Ni el martirio, ni la obra: el escándalo, he aquí la X despejada para vergüenza de ciertos intelectuales. El escándalo trastocado en persecusión injusta para justificar el escándalo en los intelectuales.

¿Quién diablo son los intelectuales para permitirse cualquier relajación y gozar de una impunidad inmortal?

Como si escribir unos cuantos libros fuera una cosa del otro mundo.

ULYSES PETIT DE MURAT

Los señores de Domecq, en Jāse.

Yacían en Jāse sentados
Los señores de Domecq.
Ya están muertos,
Más allá del pasto nuevo
Y de las putrefacciones
Que transportan primaveras,
Sin rumor,
Sin cosquillas
De lo que está dedicado
Todavía a deshacerse.
Ya no viven,
No, ya ni sus muertes viven;
Han caído
Tajeados por los alambres
Que los tuvieron muy rígidos
Con terciopelos azules
Y puntillas, congregados.
Ya están muertos.

ADOLFO BIOY CASARES.

HOY LLEGÓ EL DULCE DE LECHE!

EL DULCE DE LECHE DE
"LA MARTONA"
es una fuente de salud y alegria

En venta en nuestras
130 sucursales.

Gerencia: RONDEAU 1757 U. T. 23 - 2011 - 1047

Archivo Histórico de Revistas Argentinas
www.ahira.com.ar

MUSEO

No todas las Provincias le enviaron diputados,
las guerras intestinas causaron la omisión;
mas aquellos que fueron ¡muchos desconocidos!
por probos y por dignos, ganaron la elección.

Entre los conocidos, estaban Castro Barros,
Santa María de Oro, ¡tan bueno y tan genial!;
Cayetano Rodriguez, redactor del Congreso,
con otros sacerdotes de brillo cultural...

. . . . . .

Hubo otros diputados también muy influyentes
que aportaron al caos, su palabra y su luz;
don Narciso Laprida, que presidió el día Nueve,
y aquel noble filántropo, don Tomás Godoy Cruz.

Lola Tapia de Lesquerre: *Pinceladas de Gloria.*

●

Me hizo meditar mucho cierta damita en flor, toda juventud y actualidad, estrella de primera magnitud en el zodíaco de la elegancia madrileña...

José Ortega y Gasset: *La Rebelión de las Masas.* Cap. II.

●

Quisiera ser canfinflero
Para tener una mina,
Mandarselá con bencina
Y hacerle un hijo aviador,
Para que bata el record
De la aviación argentina.

El Apache Argentino, (circa 1910)

●

Duerme, como en un juguete,
la mushma en su cojinete
de arce del Japón: yo digo:
«No hay cojín como un amigo».

José Martí: *Versos sencillos.*

●

Terneras cuyas borlas Magistrales
Pitones son apenas mal formados;
Pavos no mudos, pero Presentados
Con rosarios al cuello de corales...

Luis de Góngora: *Al Capítulo Provincial que se Celebró en San Pablo de Córdoba, de la Orden de Santo Domingo, que Salió Electo el Maestro Cano.*

●

Inaccesible al deshonor, floreces.

Ramón López Velarde: *La Suave Patria.*

El vendedor de Biblias

El vendedor de biblias llega siempre a una hora avanzada de la noche, cuando sobre las mesas y las personas flota ya un vaho espeso de hastío. Moviéndose con deslizada presteza, este hombre de grave contextura enciende, como una concesión especial y momentánea de su rostro afeitado, la luz intermitente de una sonrisa; una sonrisa correcta de vicario satisfecho, de pastor orgulloso de su rebaño. Ofrece sus libros con dignidad, con altura, con una inflexión grave, exactamente adecuada a la naturaleza mística de su mercancía, y acepta las negativas con el genio amable y filantrópico de hombre que conoce a los hombres.

Es un cruzado, sin duda. Pero como no es posible por el momento invadir Palestina, él pone su lanza—es decir, sus conocimientos comerciales en el arte de vender—en favor de la lucha contra los infieles, que derrochan sus horas escuchando el mensaje perverso de los tangos. En lugar de partir para Tierra Santa, parte todas las noches para el Centro; en lugar de cota de malla y espada, lleva un pull-over de color serio, y su persuasión no mata, porque se funda sólo en el éxito de su plácida sonrisa.

Ya lo veo, fantásticamente, como un arcángel vengador, armado de punta en blanco y administrando mandobles con una espada llameante. Sin embargo, esto sería escandaloso en Corrientes y Esmeralda. Lo más probable es que un día desespere del triunfo final—porque Jesús, aunque por un segundo, también desesperó.

Entonces llegará más temprano que de costumbre y no ofrecerá a nadie sus biblias. Pedirá un café y luego, con infinito amor de bibliófilo, elegirá en la más preciosa de sus ediciones, el mejor encuadernado de sus volúmenes y, por primera vez, se dispondrá a leerlo—cosa de más provecho que venderlo.

MANUEL PEYROU

Apareció

MAREA DE LAGRIMAS

Poemas
de
ULYSES PETIT de MURAT

●

LIBROS EN SUBSCRIPCION

U. Petit de Murat. Marea de Lágrimas, (diciembre 1937)
Alfonso Reyes. Mallarmé, (febrero 1938)
Carlos Mastronardi. La Rosa Infinita, (abril 1938)
Ezequiel Martínez Estrada. Buenos Aires, (junio 1938)
Antología de Cuentos Irreales, (agosto 1938)
Novalis. Fragmentos (Versión directa y notas de J. L. Borges). (octubre 1938)

SUBSCRIPCION A LOS 6 LIBROS $ 6.—

Precio del ejemplar $ 2.—

Giro postal o bancario a Ernesto Piesavini, Secretario de la
EDITORIAL DESTIEMPO
Avenida QUINTANA 174 Buenos Aires

Número suelto $ 0.10

F. A. Colombo-Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas
www.ahira.com.ar